

La crisis de las instituciones y la capacidad mutante de los partidos políticos

Alfredo Rico Chávez*

Introducción

El comienzo del siglo ha rebasado lo imaginable. Ni las películas o novelas futuristas ni los sueños más románticos ni las profecías ni las peores pesadillas de hace 50 años, pudieron augurar esto de ahora, con lo bueno y con lo malo: la crisis de los energéticos y del agua, el calentamiento global, los atentados contra las torres gemelas, la primavera árabe, los muertos por la guerra contra el narco, los millones de pobres y el primer lugar para un mexicano en la lista de FORBES; la derrota del PRI, el señalamiento de fraude contra AMLO que polarizó al país, los feminicidios, el auge de nuevas religiones, la fila de espera en la sala para divorcios y las jefas de familia, el desencanto marxista.

Estas situaciones, que reflejan la incertidumbre que inunda el presente, son el resultado de un largo y difícil proceso histórico, comparten al menos un elemento común que los explica y tienen

*Profesor de tiempo completo en el Departamento de Sociología, CUCSH, UDG y coordinador de la Licenciatura en Sociología.

“Escribimos porque creemos en el poder de la palabra escrita, en su insinuante capacidad transformadora. Sabemos que la literatura es el gran instrumento de destrucción de las neuronas averiadas, que es el gran barco alienígena que navega en nuestras cabezas.”

Paco Ignacio Taibo II

“Hay un país que nos destruye, un mundo que nos expulsa, un asesino difuso que nos mata día a día sin que nos demos cuenta. No tengo una respuesta. Escribo desde el caos, en plena oscuridad.”

Fernando Robles,
personaje de *Lugares Comunes*

un mismo lugar de origen: la crisis de las instituciones. Si bien este no es el centro de todos los problemas y en muchos casos aparenta ser sólo un elemento marginal, sí está presente –en mayor o menor medida– en cada uno de ellos.

La familia, los partidos políticos, las iglesias, las universidades, el matrimonio, son algunas de las instituciones protagonistas de la dinámica social que hoy nos tiene –para bien y para mal– frente a esta realidad compleja y en muchas ocasiones, angustiante. Cada uno de estos temas es materia de análisis profundo que, sin duda, nos llevarían a caminos sinuosos y diferentes. Sin embargo, el análisis de algunas de ellas puede dar luz respecto a lo que provoca la crisis en el resto.

La complejidad y amplitud del tema, plantea una tarea faraónica frente al intento de abarcar todas estas instituciones como un solo objeto de estudio; por eso, resulta inevitable reducirse a una sola de ellas, si se quiere trascender la vulgaridad de lo superficial o lo banal en la respuesta.

De esta manera, en las siguientes líneas, se pretende hacer un análisis general respecto a la situación paradójica que viven los partidos políticos, instituciones políticas cuyo objetivo es la conquista del poder. Paradójico, pues si bien se habla de que están en crisis porque sufren del descrédito y la desconfianza de los ciudadanos, al mismo tiempo, siguen manteniendo la presencia hegemónica en el espacio político y muchos de los actores, prácticas y mecanismos de funcionamiento y representación, reaparecen en las organizaciones o agrupaciones que pretenden sustituirlos.

Considero importante analizar estas instituciones, pues ellas son parte medular y en buena medida responsables –junto con

otros grupos de interés, organizaciones, instituciones y grupos sociales con poder político, ideológico y económico—, de la configuración de la sociedad de hoy, pues de ellas y sus proyectos, como parte de los gobiernos y de la oposición, inciden en el rumbo que han tomado la mayoría de las naciones, han sido parte de las decisiones y acciones que hoy provocan los graves problemas de todos los países del mundo.

Explicar la situación por la que atraviesan los partidos, puede ayudar a comprender la situación que se vive en la sociedad actual, pues su desempeño permea a todas las esferas de la vida social, directamente la pública y da luz sobre lo que ocurre en la privada y la íntima. Esa es la razón que da vida a las siguientes líneas.

Las instituciones y los partidos políticos

Para comenzar, es necesario establecer una definición mínima de lo que se entiende aquí por institución. De acuerdo con A. Giddens, las instituciones se basan en las tradiciones que se van consolidando con el tiempo, de tal manera que no sólo se refieren a estructuras del Estado, entendidas bajo la lógica del poder político; en este sentido, el autor establece que el origen de la palabra se relaciona con el término latino *trajere*, que significaba transmitir o dar algo a alguien para que lo guarde.

Desde esta perspectiva, institución es una entidad que se presenta en un momento y un espacio determinado, por lo tanto histórico, que surge de la transmisión, aceptación y reproducción de determinadas prácticas y tradiciones. Por mencionar a una de las más

relevantes, la familia refleja con nitidez la tradición que es transmitida e instituida en las sociedades a través de la historia.

La familia, para Giddens, es una de las instituciones más representativas de cualquier civilización, y se puede entender como una entidad social y económica, en la que se crean y regulan las relaciones de los individuos, dadas a partir del parentesco, en una clara condición de desigualdad. De ahí el dicho popular de que “la familia es la base de la sociedad”, pues en ella se producen e instituyen muchas de las prácticas, usos y costumbres que forman y dan identidad a los sujetos, que son al mismo tiempo, las que lo determinan para desenvolverse en el espacio público; y como en un círculo, es ahí donde aprende y reproducen nuevas prácticas que se transmiten al espacio familiar.

Los partidos como institución: proyectos e intereses en juego

Enfocándose en la estructura política, existen instituciones que se han generado en torno a la lucha por el poder y al impulso de proyectos de sociedad, a través de los cuales se pretende resolver y enfrentar los problemas colectivos. Con la modernidad, con la expansión del sufragio para definir quiénes ostentan el poder del Estado, surge la figura de los partidos políticos, que de manera general, se pueden definir como instituciones que aglutinan ciudadanos que comparten intereses y proyectos, que buscan alcanzar el poder y la representación para satisfacer esos intereses y hacer realidad sus proyectos.

Burke (2003) fue el primero en considerar un partido como tal y lo hace después de la Revolución Francesa, diferenciándolos de las facciones para definirlos según sus intereses; una *facción* es un grupo que defiende y sigue intereses mezquinos y particulares, un *partido* es un conjunto de hombres unidos con el fin de promover, mediante esfuerzos conjuntos el interés nacional sobre la base de algún principio particular en el que todos ellos coincidan.

Por otra parte, según Duverger (1991), los partidos evolucionaron desde facciones entre personas que simpatizaban con algún proyecto, ideología o líder a organizaciones más complejas; los partidos lograron “institucionalizarse” al transformarse en fuerzas políticas formales, con una posición en el espectro ideológico, una estructura interna, la posibilidad de presentar candidaturas y competir y conformar gobiernos. De esta manera, la concepción de Duverger de un partido es la siguiente:

Un partido político no es una comunidad, sino un conjunto de comunidades, una reunión de pequeños grupos diseminados a través del país (secciones, comités, asociaciones locales) ligados por instituciones coordinadoras. (P. 34)

De acuerdo con Manuel Alcantara y Flavio Freidenberg

Las motivaciones por las cuales estos grupos están unidos pueden ser de las más diversas (ideológicas, políticas, territoriales, estratégicas, entre muchas otras). Esas afinidades pueden hasta llegar a ser mínimas entre las partes, pero de sumo valor si se dan entre cada una de esas partes y un elemento unificador, como un líder de corte carismático, la búsqueda de un objetivo común como realizar un gran cambio social o llevar a cabo una revolución. Las posibilidades son múltiples; pero aún así, hay que destacar

INVESTIGACIÓN

la idea de que un partido es la parte de un todo (el sistema político) y, a la vez, él mismo está integrado por diversas partes, que conforman también un todo.” (2003: 16).

Por su parte, Sartori (1976) articula una definición mucho más amplia:

Los partidos son conductos de expresión; son un instrumento para representar al pueblo al expresar sus exigencias. Los partidos no se desarrollaron para comunicar al pueblo los deseos de las autoridades, sino para comunicar a las autoridades los deseos del pueblo.

Afirma que los partidos son componentes del sistema político, y se aleja de la idea generalizada de que los partidos como partes separadas y en algunos casos irreconciliables, deben ser considerados como parte (entendida como un elemento) de un sistema, no como parte (entendida como fragmento) de este mismo sistema; los partidos hacen y determinan al gobierno, ya sea que lo conquisten o lo cuestionen desde la oposición.

Con la consolidación de los regímenes democráticos, particularmente en el occidente, los partidos comenzaron a ser los protagonistas del espectro político, eclipsando otras formas de organización y convirtiéndose prácticamente en la única vía para alcanzar el poder político. Durante décadas, la disputa por el poder se centró en el terreno de los proyectos ideológicos, donde las izquierdas y los grupos de la derecha definieron con claridad la disputa por los proyectos de nación y de sociedad. En todo ese tiempo gozaron de cabal salud y, salvo durante las dictaduras (las militares y las perfectas) o las revoluciones en América Latina y Europa Oriental, los partidos fueron protagonistas de la arena política y a través de ellos se canalizaba las de-

mandas y los intereses ciudadanos, que era lo que motiva su incorporación o apoyo (como militantes o simples electores) a estas instituciones políticas.

Sin embargo, esta situación ha cambiado en los últimos años y esa vitalidad que los mantenía, se ha visto debilitada. Con la crisis del estado moderno, los partidos han perdido vigencia y legitimidad frente a los ciudadanos al no cumplir con su función central de resolver los problemas colectivos. Al respecto, Giddens (2000), apoyado en Beck (1998) plantea que hemos entrado a la sociedad de riesgo propia del capitalismo y la modernidad tardía, aquella que se caracteriza por la incertidumbre y el desencanto en la política; por lo que ahora, las instituciones por excelencia de los sistemas democráticos, los partidos políticos, se encuentran en una condición de descrédito y desconfianza de los ciudadanos.

La sociedad de riesgo tiene su base en que toda decisión tiene un grado de riesgo ineludible, y que aquellos encargados de determinar el cauce de los eventos deben afrontarlo, de ahí conceptos de la ciencia política moderna como el *rational choice*.

Para Jaime Cárdenas, vivimos una transformación, pues pasamos de un tipo de institución política a otra, lo que no necesariamente la fortalece; señala que

Los partidos de masas ideologizados se han vuelto partidos de corte más pragmático, en búsqueda permanente –casi todos ellos– del llamado centro político ...al no existir ya las grandes ideologías que buscan explicarlo todo, la política y los partidos ha perdido capacidad de atracción, y ello



INVESTIGACIÓN

hace a algunos pensar que los partidos pudiesen ser desplazados por los movimientos sociales (2002: 47).

La sociedad de riesgo llevada a los espacios de la esfera pública, de acuerdo con Giddens, tiene su origen en la falta de capacidad del Estado para atender y dar solución a las necesidades de la sociedad, que siguen aumentando y agravándose, cuando esa es precisamente una de sus funciones y su razón de ser más importante. La incapacidad del Estado para resolver los problemas crea nuevos problemas, generando un efecto de bola de nieve que aumenta la incertidumbre y el desencanto de las instituciones, en especial los partidos.

Las transformaciones de los últimos tiempos, como la globalización y el desarrollo de las nuevas tecnologías, y el surgimiento de problemas de carácter mundial (el calentamiento global, la crisis de los energéticos, etc.), los excesos de la clase política que se enriquece mientras la mayoría se va empobreciendo, el fracaso de sus iniciativas para resolver los problemas sociales, políticos y económicos, y la toma de conciencia de los ciudadanos respecto a sus derechos; son parte de la explicación de la crisis por la que atraviesan los partidos.

El propio Giddens (1993) señala que la emergencia del sujeto como principal actor y protagonista del espacio público y el desplazamiento del Estado, provocó una erosión en la credibilidad y la funcionalidad de las instituciones del propio aparato estatal, al dejar de responder a las necesidades que los propios sujetos atribuían una solución al Estado, como parte de sus obligaciones inherentes.

En el análisis de las llamadas crisis de las instituciones, se plantea que se ha llegado al propio desgaste de la modernidad y su modelo de Estado, omnipresente, con una maquinaria burocrática, que

legisla, provee y decide. Bauman (2000) señala que la modernidad se ha diluido en una nueva dinámica social, en la que el individuo se reivindica como el principal actor de la sociedad y se retoma la dicotomía que lo enfrenta con el Estado.

De esta forma, el individuo toma una importancia mayúscula en la arena pública, exigiendo derechos o protagonismo en la política, evolucionando de manera rápida, ante un modelo de Estado con instituciones que se rezagan y no responden al nuevo orden social, por lo que pierden operatividad, sentido e incluso credibilidad por parte de los ciudadanos. Las instituciones siguen funcionando de manera tradicional ante una dinámica social que deja atrás aquellas prácticas que son consideradas viejas o caducas, al no responder a las nuevas necesidades que la propia estructura social, política y económica plantea.

Para reforzar esta idea, Bauman señala que el desgaste, pero no agotamiento de la modernidad, provoca una crisis en las instituciones, que pierden solidez y peso en sí mismas, y quedan atrás ante una sociedad cuyas demandas y dinámica no cesan; por esta razón, para el autor, las instituciones se vuelven líquidas, sus objetivos y razón de ser, pierden vigencia y efectividad.

La “liquidez”, ocurre cuando los individuos ya no “encajan” en el proceso mediante el cual el Estado pretende otorgarles y proveerlos de los bienes y servicios que requieren; a pesar de que los individuos –con los matices que la realidad y la cultura política permiten– cumplen con sus obligaciones frente al Estado, de pagar sus contribuciones, participar en los comicios, e incluso enrolarse en las fuerzas armadas.

Este agotamiento de la modernidad, con la consecuente liquidez, incluye también los procesos económicos del capitalismo, pues el

individuo se hace ajeno y desconfiado a la idea de producir, crear y concentrar riqueza para obtener los bienes y servicios necesarios para prosperar y alcanzar la prometida felicidad en plena era del consumo. Inmerso en las crisis económicas y la falta de control del Estado, los ciudadanos han sido orillados a mantenerse en la incertidumbre, despojándose ya de su condición de *Homo economicus*.

De esta manera, el individuo contribuye a la desaceleración del sistema capitalista, pues la apatía y el desencanto lo hacen caer en un círculo vicioso: el trabajador (si es que trabaja) no contribuye al desarrollo de su comunidad y la economía de esta comunidad corre el riesgo de colapsar, generando más desempleo, inestabilidad, volatilidad financiera e inseguridad, sin que el Estado pueda interferir (y si pudiera, sin saber cómo) ante la falsa promesa de crecer y mejorar, en un sistema que se autorregula y autoajusta, lo que a su vez provoca más apatía y desencanto. A este proceso también han contribuido los partidos y sus principales actores, pues ellos son quienes al llegar al poder o desde la oposición, realizan, presionan, llegan a acuerdos, para impulsar las decisiones, acciones y resultados que derivan en la realidad que vivimos, con todas esas consecuencias que producen la incertidumbre y la liquidez.

Diversas teorías económicas han buscado revertir esta liquidez en las instituciones. De acuerdo con Douglass C. North (1993) en su libro *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, que le valió el Premio Nobel de Economía en 1993, las instituciones, que “son las reglas, normas y costumbres de operación de un sistema”, deben cambiar para contribuir a enfrentar los problemas actuales y resolverlos. Para este autor, las instituciones tienen 3 características que deben garantizar su permanencia y hacer cumplir

con su papel: Calidad, eficiencia y estabilidad; sin embargo, debe considerarse que son influidas por cuatro factores:

- Condiciones estructurales (territorio, población, recursos, etc.).
- Cultura, tradiciones y costumbres de la sociedad.
- Comportamiento, respuesta, toma de decisiones individuales y colectivas de grupos sociales frente a incentivos y prohibiciones de instituciones, ya sean mercantiles o no.
- Pactos políticos que establecen la sociedad, el estado alrededor del poder político y el control del estado.

Desde la perspectiva de North, quien es uno de los impulsores de la llamada escuela del neoinstitucionalismo, las instituciones, en tanto entidades dinámicas, deben cambiar de acuerdo con las demandas sociales para mantenerse. El cambio institucional que sugiere es explicado de la siguiente forma: *“El cambio institucional conforma el modo en que las sociedades evolucionan a lo largo del tiempo, por lo cual es la clave para entender el cambio histórico”*. De esta forma, las crisis institucionales pueden sortearse conciliando una relación entre la sociedad y el aparato del Estado, pues cada uno de estos elementos está relacionado intrínsecamente y deben ajustarse a sí mismos con el fin de propiciar o conservar un orden.

Por su parte, el reto según Cárdenas, es:

en los regímenes políticos democráticos con sociedades heterogéneas la tarea consiste en perfeccionar los mecanismos institucionales de la democracia, para que los diversos grupos sociales y partes de la nación reciban un trato de equidad que haga factible la unidad en la diversidad y procure un desarrollo armónico e igualitario.” (2002: 48)

La respuesta es insuficiente, confusa...

Capacidad mutante de los partidos ¿Para qué?

Mientras que por un lado se habla de que las instituciones viven una situación crítica y de descrédito, por otra parte se siguen buscando la manera de transformarlas de tal manera que cumplan con una función que contribuya a resolver los problemas colectivos; las instituciones, y en particular, los partidos políticos se mantienen como una de las pocas posibilidades de organización y participación, ante la incredulidad y la falta de capacidad para sustituirlos.

Si bien, los problemas crecen y las instituciones se encuentran en ese desgaste y esa crisis de credibilidad, los partidos siguen recibiendo fuerte financiamiento público que les permite mantener sus estructuras y ejercer el control de prácticamente todos los espacios de representación en los diferentes niveles de gobierno y del aparato del Estado. La situación paradójica es evidente en México, pues mientras estas instituciones han vivido procesos de desgaste que los han alejado de la mayoría de los ciudadanos, lo que se hace evidente en su número de simpatizantes y en el nivel de participación en los procesos electorales, al mismo tiempo y en buena medida gracias a las reformas que ellos mismos han impulsado, siguen gozando de cabal salud en términos de presupuesto y de espacios de poder.

El regreso del PRI a la presidencia de la república –máxima figura de poder en la época del partido único– y a la mayoría de las gubernaturas en los estados, es la evidencia que por mayor descrédito que pueda tener una institución, siguen siendo el reducto

de los ciudadanos ante la incapacidad y la propia desconfianza que despiertan aquellos que se presentan como su alternativa, en este caso, los partidos de oposición o los movimientos sociales.

Aunque Cárdenas tiene claro el reto de los partidos, reconoce que las opciones son pocas para un cambio de escenario, pues considera que:

no contamos con organizaciones de reemplazo que continúen realizando las funciones de los partidos. Probablemente algunos de ellos se pueda considerar obsoletos, caros, inoperantes, pero sin partidos que organicen y estructuren en alguna medida la competencia por el poder en todos los niveles del gobierno, la democracia, especialmente en las grandes sociedades urbanas, será imposible." (*ibidem*: 47)

Esto es parte de la contradicción, pues al mismo tiempo que los partidos deben renovarse o deben ser reemplazados, aún no existe una figura lo suficientemente sólida que supla el papel que aquellos cumplen.

Reforzando esta idea, esta carencia de opciones, incluso planteando que la figura de partido sigue siendo la más adecuada, A. Córdova (2012) señala, refiriéndose al movimiento encabezado por Andrés Manuel López Obrador, que "si se miran bien las cosas, se podrá percatar de que, en los hechos y a estas alturas de la historia, hay muchísimas más razones para pensar en MORENA como un partido que como un movimiento. Los movimientos nunca son permanentes; aunque muchos partidos se llamen movimientos, son partidos y de ninguna manera movimientos. No logro imaginarme el sostenimiento de una estructura organizativa como la que se pretende (...) sin que se le convierta en un partido... La lucha es por dar a MORENA la mejor estructura organizacional y de principios,

consolidarlo como frente de izquierda y como bloque de poder. Eso sólo se logrará convirtiéndolo en partido.”

Esa es la paradoja: los partidos viven una crisis cada vez más evidente, pero son la más viable (si no la única) opción para consolidar la democracia e impulsar los proyectos alternativos que comiencen a revertir la incertidumbre y la liquidez del Estado, a atender y resolver los problemas que nos agobian. Ese vacío, esa falta de incentivo o incapacidad para imaginar y crear instituciones diferentes, es lo que da oportunidad a los partidos de sobrevivir, de adaptarse, de mutarse, hacia lo que estas condiciones exigen, haciendo lo mínimo indispensable.

Si bien las condiciones no son las mismas que en la época del Priato y el presidente no tendrá el mismo poder que en la época de la “dictadura perfecta”, el sólo hecho del retorno del PRI a la presidencia, muestra la dificultad para renovarnos y renovar el sistema político, de construir una realidad que sea capaz de construir esa otra sociedad que por imposible que parezca, sigue siendo necesaria.

Necesaria porque esta realidad confusa, contradictoria, desoladora, no sólo impacta en el ámbito político y económico, en la “lejanía” de lo cotidiano. De acuerdo con Bauman (2005), quien señala que esta liquidez, ocurre también un deterioro de las relaciones sociales del individuo, impactando en los lazos familiares y afectivos, destruyendo o erosionando las instituciones tradicionales de la familia y el matrimonio, impactando a la sociedad en nuevas formas de convivencia, que a su vez tienen sus repercusiones en el desarrollo político y económico.

Coincido. En la medida que se impacta negativamente en esta esfera de la vida de los sujetos, de las personas de carne y hueso, en los asuntos que les importan y les dan sentido a su existencia, como el amor, la sexualidad, los amigos, el equipo de fútbol, los hijos, las redes sociales; en esa misma medida, la vida política y los asuntos públicos, seguirán resultando ajenos y descafeinados.

Por eso, resulta urgente encontrar la luz que nos guíe por un camino diferente, un camino hacia la libertad, la igualdad, la justicia y la felicidad de todos ¿La encontraremos?

Bibliografía

- ALCÁNTARA, Manuel y FREIDENBERG, Flavia, Coords. (2003), *Partidos políticos de América Latina*, México, D.F., FCE/IFE.
- BAUMAN, Zygmunt (2000), *Modernidad líquida*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (2005), *Amor líquido*. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos, México, Fondo de Cultura Económica.
- BECK, Ulrich (1998), *La sociedad de riesgo*, Madrid, Paidós básica.
- BURKE, Edmund (2003), *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, Madrid, Alianza Editorial.
- CÁRDENAS GARCÍA, Jaime (2002), *Partidos Políticos y democracia*, en Cuadernos de divulgación de la cultura democrática, IFE.
- CÓRDOVA, Arnaldo (2012), *MORENA*, en diario *La Jornada*, México. D.F.
- DUVERGER, Maurice (1991), *Los partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica.

INVESTIGACIÓN

GIDDENS, Antony (1993), *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Editorial.

— (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, México, Taurus.

NORTH, Douglass C. (1993), *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, México, Fondo de Cultura Económica.

SARTORI, Giovanni (2005), *Elementos de teoría política*, Madrid, Alianza Editorial.